

«que si Doña María Pacheco su muger quisiere demandar justicia en «el caso por sí ó por sus procuradores, quel Rey nuestro señor sea «obligado á le dar juez competente é no sospechoso que la haga, é yo «el dicho prior prometo so cargo de juramento é pleito homenaje que «de yuso será fecho, de favorecer é ayudar á la dicha Doña Maria «para que alcance cumplimiento de justicia, é con esta negociacion pro- «meto que se traerá é haré traer cédula de sus magestades para que el «cuerpo del dicho Juan de Padilla se pueda traer donde su muger ó «hijo quisieren dentro de cuatro meses despues questé Toledo pacífico «de justicia é haya corregidor, é para que le pueda la cibdad hacer la «gratificacion que quisiere <sup>1</sup>.»

A consecuencia de esta concordia entró el prior de San Juan en Toledo, y Doña Maria se trasladó del alcázar á su casa, no sin quedarse para su seguridad y la de su hijo con la artillería y gente de armas; que bien conocia la previsora dama, con cuanta facilidad faltan los vencedores á sus tratos y convenios, cuando se creen superiores á los vencidos.

Como naturalmente habia de suceder, comenzaron bien pronto las contiendas entre comuneros é imperiales, y hubiéranse convertido en abierta y sangrienta lucha, á no haber intervenido la noble viuda, imponiendo á todos respeto y sumision. No fué sin embargo muy duradera la calma, pues hallábanse predispuestos los ánimos para que al mas leve pretesto comenzara la lucha; y asi sucedió, que con un motivo inesperado y de ninguna importancia, se convirtieron las calles de Toledo en un sangriento campo de batalla, infuyendo poderosamente el éxito de aquella contienda en la futura suerte de Doña Maria.

Fué el caso, que á los tres meses de haber entrado en la ciudad los imperiales, con motivo de haber sido elevado á la silla pontificia, Adriano de Utrech, antes dean de Lobaina, cardenal obispo de Tortosa mas tarde, maestro del emperador, y regente del Reino, acordáronse en Toledo públicos y ostentosos festejos, á los cuales acudian de buen

<sup>1</sup> Documento de concordia y capitulacion citado.

grado realistas y comuneros, los unos porque veian en aquella eleccion el premio á las virtudes del prelado, los otros porque su nuevo y elevado cargo le alejaba de España. En medio de la pública alegría, y cuando parecian mas olvidados los pasados rencores, un muchacho entusiasta, hijo de un menestral forastero, recordando sin duda haber oido mas de una vez aclamar al difunto jefe de los comuneros, gritó ¡*Viva Padilla!*, y no fué necesario mas para que un grupo de intolerantes imperiales se apoderase de la inocente criatura y la azotara bárbaramente. Justamente indignado el padre, la emprendió con los verdugos de su hijo, y uniéndosele en breve sus amigos, y tras de ellos muchos de los antiguos partidarios de Padilla, trabóse bien pronto entre unos y otros ruda y encarnizada lucha, agrupándose los comuneros delante de la casa de la viuda de Padilla, y los imperiales frente á la morada del gobernador. Cargando los ginetes realistas sobre la desprevenida muchedumbre, consiguieron por último el triunfo, y preso el infeliz menestral, fue sentenciado con crueldad inaudita á morir en un patíbulo.

Profundamente conmovida Doña Maria, agotó todos los recursos de su elocuencia, todos los esfuerzos de sus súplicas, toda la ternura de su sensible corazon, para obtener clemencia en favor de aquel desdichado: todo fué inútil. Desoyendo los ruegos de la ilustre heroína, sacaron en medio del dia al pobre artesano para conducirlo al suplicio; y como acudiesen grupos de hombres armados á libertarle, el mismo arzobispo de Bari, gobernador de la ciudad, olvidando su carácter sagrado, léjos de conceder el perdon que él mejor que ningun otro debiera haber concedido, lanzóse á la calle al frente de las tropas reales, y deshizo á viva fuerza los grupos libertadores.

La indignacion de Doña Maria al tener noticia de aquella nueva violencia fué indescriptible. Su noble corazon revelábase contra tales iniquidades, y á pesar del mal estado de su salud quiso salir en persona á librar á la víctima; generosa resolucion que no le dejaron realizar su hermana la condesa de Monteagudo y su cuñado Gutierre

Lopez de Padilla, temerosos, y no sin razon, de que se viese atropellada por la bárbara soldadesca del gobernador.

Doña María sin embargo pronosticó que tras de aquella injusta egecucion seguirian nuevos desmanes contra los comuneros, y no tardó mucho tiempo en cumplirse su pronóstico. Apenas acababa de espirar el desgraciado artesano, los imperiales cargaron sobre los comuneros, que al verse acometidos hicieron uso de la artillería, causando grandes estragos entre sus enemigos, y trabada despues la pelea cuerpo á cuerpo, continuó durante largo espacio la contienda, que sembraba de muertos y heridos las calles de Toledo.

El hermano de Juan de Padilla, aquel Gutierre Lopez que afiliado á la causa imperial, habia entrado en la ciudad con las tropas del Prior, y despues habia evitado el inútil sacrificio de su cuñada Doña María de Pacheco, deseando evitar mayores males, corria de unos á otros exhortándoles á deponer las armas; pero difícilmente pudo hacerse oír, hasta que los comuneros, dóciles á la voz del hermano de su antiguo caudillo se avinieron á suspender la lucha, pero con la espresa condicion de que los habian de dejar salir libres y salvos de Toledo. Con esto terminó la contienda: los comuneros evacuaron la ciudad, y consideraron los vencedores como no escritas las cláusulas de la capitulacion.

Roto ya el dique á todo linage de persecuciones contra los comuneros corria grave riesgo la noble Doña María, por lo que su mismo cuñado, Gutierre Lopez, de quien dice con razon el historiador de España citado, que aunque enemigo de los comuneros, al cabo sentia correr por sus venas, la noble sangre de los Padillas, la puso en seguridad en el convento de Santo Domingo, con el cual comunicaba su casa; y no juzgando despues suficiente aquel asilo la convenció á que saliese de Toledo, pues de otro modo corria grave riesgo su persona. «Merced á su auxilio, la muger fuerte, que por espacio de diez meses habia mantenido con honra enarbolado el estandarte de las comunidades dentro de los muros de una ciudad aislada, logró salir de aquella ciudad, disfrazada de labradora, con saya, basquiña y

calzado de aldeana, y con un viejo sombrero en la cabeza. Cuéntase que al trasponer la puerta del Cambon, la reconoció un soldado, y que el generoso guerrero disimuló, entretuvo á sus compañeros de guardia é hizo espaldas á la dama fugitiva <sup>1</sup>.»

Enfermo el cuerpo, pero no abatido el espíritu, montó en una mula al llegar á la vega, y seguida del alcaide de Almazan Hernando Dávalos, y de una esclava negra que siempre tuvo consigo, continuó su marcha la ilustre dama, no sin haber corrido grave riesgo de tropezar con una partida de imperiales, y llegó ya de noche á Escalona, pueblo que pertenecia lo mismo que el castillo de que tomaba nombre, al marqués de Villena, tio de Doña María. Con rudeza indigna de su noble cuna, contestó el marqués al mensaje de su sobrina pidiéndole hospitalidad, «que se vaya en buen hora donde «fuere de su agrado... y bueno es que sufra por haber desoido mis «instancias cuando estuve á tratar con ella de la paz y asiento de las «cosas,» resolucion indigna, que no fué bastante á evitar el que la marquesa, ya que no podia contravenir la orden de su esposo, enviase á Doña María una buena mula de paso, trescientos ducados y abundantes cajas de conserva. Con esto, continuó la desgraciada viuda su camino hasta la Puebla de Sanabria, donde otro tio de la Pacheco, hermano del marqués, se esforzó en conseguir que olvidara con su franca y cariñosa hospitalidad la ruda y descortés conducta del señor de Escalona.

Repuesta algun tanto de la fatiga del viaje, continuó su marcha la desventurada cuanto ilustre heroína á Portugal, donde ya pudo considerarse mas segura de la activa persecucion de que era objeto.

Burlados en sus pesquisas los agentes del Prior, y del arzobispo, hicieron blanco de su encono la casa que habia servido de morada, en mas felices dias, á Doña María y á su esposo, y derribándola completamente, araron el suelo y lo sembraron de sal, para que ni yerbas pudiera producir, colocando en el centro del solar un elevado

<sup>1</sup> Lafuente, siguiendo á los escritores coetáneos.